

obra del Señor. Sufriólo todo Teresa con heroica paciencia, y venció todas las dificultades con mucho mas heroico valor. En fin, despues de muchos lances llegó á sus manos el breve que la habia despachado el papa Pio IV para fundar la reforma, y entró en su nuevo convento, que quiso se consagrara con la advocacion de S. José, bajo cuyo nombre no habia aun otra iglesia, entrando con la Santa otras cuatro doncellas de extraordinaria virtud, que ella misma habia escogido para que fuesen los cuatro pilares de aquel espiritual edificio. Hizose esta fundacion con toda solemnidad el dia 24 de agosto del año 1562, en cuyo dia el mismo obispo de Avila bendijo la iglesia. Tal fué el nacimiento de aquella célebre reforma; ó por mejor decir de aquella nueva religion, que es uno de los mas bellos ornamentos de la esposa de Jesucristo la Iglesia. Religion que en mas de doscientos años que ha que florece, no ha perdido un punto de su primer esplendor, ni decaido en el espíritu primitivo de su sagrado instituto: donde se encuentra aquella numerosa multitud de vírgenes destinadas á seguir al Cordero inmaculado á cualquiera parte que vaya, las cuales en medio de las mas numerosas poblaciones se saben fabricar el retiro de la silenciosa soledad, donde siempre se deja oír la voz del divino Esposo, y á quienes su santa madre dejó como por herencia el espíritu de penitencia y el don de oracion.

Viendo Teresa que cada dia se iba aumentando el número de sus hijas, se aplicó á disponer la regla y forma de vida que habian de observar. Puso por fundamento de su regla el ejercicio de la oracion, acompañado de la mortificacion de los sentidos. Entabló la mas estrecha clausura, cerró los locutorios, prohibió el trato y comunicacion con los seglares, y aun limitó las conversaciones de las monjas unas con otras, permitiéndoselas solamente breves y raras. Desterró todo comercio con el mundo, queriendo que sus religiosas no tuviesen otro recurso en sus trabajos que á los consuelos divinos, los que son como hereditarios en ellas: reformó el hábito, mudando la estameña en grosera jerga, los zapatos en alpargatas ó sandalias, los colchones en jergones de paja, y el alimento delicado en pobre y grosero sustento, siendo su voluntad que en todo reinase absolutamente la mortificacion.

Luego que Sta. Teresa hubo arreglado su convento de S. José, no solo fué menester ensanchar la casa, sino multiplicar tambien el número de los conventos que abrazaron la reforma. Habiendo llegado á Avila el general de los carmelitas, formó tan alto concepto de la eminente virtud de nuestra Santa, y quedó tan

preñado de ver resucitada en el convento de S. José la primitiva observancia de los antiguos padres del Carmelo, que deseó ansiosamente la estension de la reforma. Logró en breve tiempo ver cumplidos sus deseos. En menos de doce años fundó Sta. Teresa los conventos de Medina del Campo, Malagon, Valladolid, Toledo, Pastrana, Salamanca, Alba, Segovia, Veas, Sevilla, Caravaca, Villanueva de la Serena, Palencia, Soria, Burgos y Granada. Mas no se pueden ponderar las maravillas que intervinieron en todas estas fundaciones. ¡Qué prodigios de confianza, de mortificaciones, de zelo, de paciencia para llevar adelante sus proyectos en medio de tantas contradicciones, y con la precision de tantos viajes!

No le costó menos la reforma de los frailes que la de las monjas. Los mismos estorbos tuvo que vencer, las mismas dificultades que superar; pero á todo fué superior su magnanimidad y su gran confianza en el Señor. Echaron los primeros cimientos de este célebre edificio los padres Fr. Antonio de Heredia y san Juan de la Cruz. Despues que la Santa les dió los estatutos que habian de observar, los acompañó á Valladolid, donde tomaron el hábito de reforma, y los envió á Duruelo. El dia 30 de noviembre del año de 1568 tuvo principio la reforma de los carmelitas descalzos, que animados de aquel espíritu interior que los dejó su santa madre, dan á la Iglesia tanto honor con su ejemplar observancia, con el resplandor cada dia mas brillante de tantas religiosas virtudes, y con aquel apostólico zelo que pasando al otro lado de los mares, añade continuamente nuevas conquistas á Jesucristo en medio de los infieles.

Aunque obraba Dios tantos prodigios por medio de nuestra Teresa, no se limitaban precisamente á ellos los dones que recibia del cielo. No hubo Santa ni mas ilustrada en los caminos de Dios, ni que poseyese la ciencia de los santos en mas elevado grado de perfeccion, ni que fuese dotada de mas claras luces, ni de mas celestial sabiduría; todo sobre el sólido cimiento de una profunda humildad. En virtud de esto, solo por pura obediencia á sus confesores, dió al público tantas maravillas. Lo primero que la obligaron á escribir fué la historia de su vida, y no fué este el menor sacrificio que hizo en ella. Compuso despues el *Tratado de la perfeccion* por orden de su confesor; el cual la mandó tambien que escribiese la historia de las *Fundaciones de sus conventos*. A esta se siguió el *Castillo del alma*; el tratado de los *Pensamientos del amor de Dios sobre el Cántico de los Cánticos*: obra admirable, que su profunda humildad condenó al fuego, y solo se pudo salvar de las llamas un trozo de la primera parte, que se en-

contró en la celda de una religiosa, la cual habia copiado de su mano para su uso. Las demás obras de la Santa son: *El Camino de la perfeccion*. *Instrucciones sobre la oracion mental*: *Meditaciones para despues de la comunión*; y la coleccion de sus *Cartas*. Todas estas obras son á un mismo tiempo el mejor panegirico de su escelente entendimiento, el mas vivo retrato de las sublimes virtudes de su abrasado corazon, y un inestimable tesoro con que el Espíritu Santo quiso enriquecer á su Iglesia. Decia Fr. Luis de Leon, hablando de los escritos de nuestra Santa: «Siempre que los leo me admiro de nuevo; y en muchas partes de ellos no parece ingenio de hombre el que oigo: y no dudo sino que hablaba el Espíritu Santo en ella en muchos lugares, y que le regia la pluma y la mano; y así lo manifiesta en la luz que pone en las cosas oscuras, y en el fuego que enciende con sus palabras en el corazon que las lee. Que dejados aparte otros muchos y grandes provechos que hallan los que leen estos libros, dos son á mi parecer los que con mas eficacia hacen: uno, facilitar en el ánimo de los lectores el camino de la virtud; y otro, encenderlos en amor de ella y de Dios.»

Pero lo mas admirable fué que aquella vida activa y laboriosa jamás alteró en ella el espíritu ni el recogimiento interior; sirviendo la multitud de ocupaciones esteriore para encender mas y mas el divino amoroso fuego que inflamaba su abrasado corazon. Tan recogida en los caminos como en la celda, y semejante á los ángeles, que nunca pierden de vista á su Dios mientras hacen aquello para que fueron enviados, igualmente estaba unida á su celestial Esposo en el tumulto de tantas ocupaciones, que en el silencioso retiro de su oratorio. No parece fácil amar á Dios ni con mayor ardor, ni con mayor ternura, ni con mayor fidelidad; por lo que tampoco es fácil comprender quanto era correspondida del mismo Dios. Las visiones celestiales llenas del mayor consuelo eran ya en Teresa como ordinarias. Oyó un dia una voz que la decia: *Hija mia, yo te di á mi Hijo y al Espíritu Santo por esposo; á mi querida hija la Virgen por madre tuya; ¿qué podrás tú retribuirme por tan gran favor?* Otro dia vió junto á sí un serafin, que con un dardo de fuego la traspasaba el corazon, quedando despues pasmada y enajenada por espacio de dos ó tres horas. En cierta ocasion en uno de sus éstasis se la oyó exclamar: *Divino Esposo mio, ó ensanchad mi corazon, ó limitad vuestros favores.* A su encendido amor igualaba su insaciable deseo de padecer. El acto de amor que repetia mas, y que fué como su particular divisa era este: *Aut patri, aut mori: ó padecer, ó morir.* En fin, no se puede reducir á la estrechez de un compendio una vida tan portentosa.

Conociendo la Santa que cada dia se iba debilitando mas, escribió á la mayor parte de sus conventos, dándoles aquellos saludables consejos que mas convenian á cada uno; pero á todos le encomienda la exacta observancia de las reglas mas menudas, el frecuente y constante ejercicio de la oracion, y el juntar siempre con el espíritu interior el de la continua mortificacion. Exhorta á todas sus hijas á que procuren inflamarse en el mas puro amor de Jesucristo, dedicándose á hacerse dignas esposas suyas; quiere que todas amen á la santísima Virgen como á su querida madre; y señala por protector de toda la orden al patriarca S. José. Encárgalas á todas una santa simplicidad, y quiere se destierre para siempre de toda carmelita todo estudio ajeno de una mujer. *Antes que se me olvide*, escribe á la priora del convento de Sevilla: *muy buena está la carta del padre Mariano, si no tuviera latin. No permita Dios que mis hijas tengan la vanidad de ser latinas. No lo consienta otra vez, ni la suceda. Mas quiero que tengan la ambicion de parecer sencillas é ignorantes, como muchas santas, que de querer ser retóricas.*

El año de 1582, dia de S. Mateo, entró en Alba, oprimida y consumida de males; pero comulgaba todos los dias con tal fervor, que no se reconocia en él su debilidad. Sobrevinola el dia de S. Miguel un flujo de sangre que la rindió á la cama, y pasó toda aquella noche y el dia siguiente en muy fervorosa oracion. El primer dia de octubre hizo que la llamasen al padre Fr. Antonio de Jesus para confesarse. Preguntóla este padre si en caso de morir queria que su cuerpo fuese llevado al convento de S. José de Avila, que era su propia casa. *Pues qué*, respondió la Santa, *¿tengo yo acaso en este mundo casa alguna propia? ¿y no me duran aquí un poco de tierra para enterrarme?* La vispera de S. Francisco pidió el santo Viático; y juntando las manos, dijo á sus religiosas estas tiernas y últimas palabras: *Hijas mias y mis señoras, pidolas por amor de Dios que observen exactamente las reglas y las constituciones, y que no pongan los ojos en los ejemplos de esta indigna pecadora que está para morir; piensen solamente en perdonarla.* Luego que entró en su celda el Señor sacramentado, dándola fuerzas el amor á Jesucristo, se incorporó por sí sola en la cama: inflamóse la y animóse el semblante; y volviendo los ojos á Jesucristo, arrojando centellas de amor por ellos, exclamó: *Venid, Señor, venid, amado esposo; ya, en fin, llegó la hora, y voy á salir de este destierro. Tiempo es ya, y es muy justo que os vea despues que este ardiente deseo por tan largo tiempo me ha despedazado el corazon.* En fin, despues de haber recibido la Estremancion, re-

pitiendo muchas veces estas palabras : *Yo soy hija de la Iglesia*, abiertos los ojos y fijos en un Crucifijo que tenia en las manos , rindió dulcemente su alma en las de Dios el dia 4 de octubre entre las nueve y las diez de la noche del año 1582. Este es el año en que se emendaron los tiempos quitando los diez dias que andaban de sobra y adelantados, y así el dia siguiente se contaron 15 de octubre. Tenia Sta. Teresa cuando murió sesenta y siete años, seis meses y siete dias, habia vivido religiosa cuarenta y siete, los veinte y siete en la Encarnacion, los veinte últimos en la observancia de su regla reformada.

En el mismo punto que espiró la Santa se llenó su celda de una exquisita fragancia, que se difundió por todo el convento. Remozósele el semblante, cubriéndose de un color fresco y rojo, y desapareciendo todas las arrugas de la vejez. El dia siguiente fué enterrado con grande solemnidad el santo cuerpo, dándosele sepultura entre las dos rejas del coro; de manera, que así las religiosas de adentro como los seglares de afuera se podian consolar con que le tenian dentro de su jurisdiccion. Aun antes de enterrarla manifestó Dios con grandes milagros la eminente santidad de su fidelisima sierva, y despues cada dia se continuaban en su sepulcro. El dia 4 de julio del año siguiente se abrió la caja, que estaba hecha pedazos por el peso de las losas que le habian echado encima, por consiguiente llena de tierra y de humedad, la cual habia podrido el hábito de la Santa; pero su cuerpo se encontró tan entero, tan fresco, tan rojo y tan flexible como si estuviera vivo, exhalando un suavísimo olor que embalsamó toda la iglesia y todo el convento. Hallábase presente el provincial, quien la cortó la mano siniestra, y la envió al convento de Avila; despues hizo poner al santo cuerpo un hábito nuevo, y encerrándole en otra nueva caja, mandó que le volviesen á su primera sepultura. Tres años despues fué elevado de la tierra el santo cuerpo, y conducido á Avila, habiéndose encontrado tan entero y tan fresco como en la primera visita. En fin, el año de 1589 el papa Sixto V, á solicitud del duque de Alba, mandó que aquel precioso tesoro se restituyese al convento de Alba, donde se conserva hoy tan entero como el dia de su muerte en un suntuoso sepulcro. Uno de sus pies fué enviado á Roma al convento de las Carmelitas descalzas el año de 1615; y algunos años despues Isabel de Francia, reina de España, y mujer de Felipe IV, logró un dedo de la Santa, que mandó engastar en un relicario de oro, y se le envió á su madre la reina doña María de Médicis, la cual se le regaló á los Carmelitas de París. Fué beatificada Santa Teresa el año de 1614 por el papa Pau-

lo V, y solemnemente canonizada el de 1622 por Gregorio XV.

Santa Teresa como que habia gustado tan á satisfaccion la dulzura del amor divino, exhorta á todos á aspirar á él por medio de la penitencia y oracion. Esclama pues en el capítulo 26 de su Vida : « ¡O admirable benignidad, Dios mio, la tuya, pues que permitiste te vieses estos ojos que han abusado de su vista tanto como los de mi alma! ¡O ingratitud de los mortales!... ¡O vosotras, almas que teneis fe, que bendiciones podeis buscar que puedan ser comparadas con la mas leve de las que tienen los siervos de Dios, aun en esta vida mortal, además de la feliz eternidad de la otra! Considerad que es certísimo, que Dios aun aquí se da á sí mismo á los que lo dejan todo tambien por su amor. No es el Señor aceptador de personas: á todos les ama, ninguno tiene excusa por inicu que haya sido, pues que tan misericordiosamente se ha portado conmigo... Considerad, que lo que estoy diciendo, no es ni una chispa de lo que se pudiera decir. No puedo yo explicar lo que una alma halla en sí misma, cuando se digna el Señor de participarla estos secretos suyos: delicia tan superior á cuanto es posible imaginar aquí, que con razon los que gozan de esta aborrecen todos los deleites de la tierra: todo lo cual puesto junto no es comparativamente mas que aridez y desabrimiento: y además de esto es cosa torpe traerlas á comparacion con las otras, aun cuando hubieran las del mundo de durar para siempre.» etc.

*La misa es en honor de la Santa, y la oracion la que sigue :*

Oyenos, ó Dios, que sois nuestra salud, para que así como nos causa tanta alegría la fiesta de tu santa virgen Teresa, así tambien nos sustentemos con el alimento de su celestial doctrina, y recibamos con ella el fervor de una santa devocion. Por nuestro Señor, etc.

*La Epístola es del cap. 10 y 11 de la segunda de S. Pablo á los corintios.*

Hermanos: El que se gloria, pero con todo eso sufridme; porque yo os zelo por zelo que tengo de Dios. Puesto que que se alaba á sí mismo, no es el que está acrisolado, sino el que os he desposado, para presentarnos como una casta virgen á Dios. Ojalá sufrierais algun poco de mi ignorancia; pero con todo eso sufridme; porque yo os zelo por zelo que tengo de Dios. Puesto que os he desposado, para presentarnos como una casta virgen á un solo hombre, á Cristo.

## REFLEXIONES.

*El que se gloria, gloriase en el Señor.* Si se observára este discreto y saludable consejo, no reinaria en el mundo tanta necia vanidad: haciéndose cada cual justicia á sí mismo, reconociera su poco mérito, y solamente solicitaria su verdadera gloria en servir y en agradar á Dios; pues no hay que buscarla en otra parte ni sólida ni verdadera. La escésiva delicadeza en esto que se llama honor, es prueba de un espíritu muy apocado; y la demasiada sensibilidad de los hombres sobre sus imaginarios derechos; aquella secreta pero viva pena que nos causa oír ó ver aplaudidos á los demás; aquel interior disgusto con que se oyen sus elogios, que si no tiene toda la malignidad de la envidia se acerca mucho á ella, es un grande argumento de nuestra poca sustancia. Pero aunque el reino del orgullo esté tan arraigado en el espíritu y en el corazón de los hombres; aunque sus fuerzas sean tan poderosas, no es tan difícil como parece desbaratar á este fiero enemigo. Un poco de menos preocupación á favor de nuestro mérito, y un poco de mas reflexion sobre la naturaleza del mal, y sobre la causa que le irrita, bastarán acaso para curarle. La misma pasión parece que lleva consigo su contraveneno. ¿Es uno vano, fiero, altivo y soberbio? Pues pregúntese á sí mismo algunas veces ¿en qué lo funda; por qué lo es? La mayor parte de los hombres, pero sobre todo las mujeres, no encontrarán otra razón del favor que se hacen á sí mismas, y del desprecio que hacen de los demás, sino unos motivos totalmente accidentales y esteriore, que antes bien debieran servir para humillarnos. El nacimiento noble, la distincion del empleo, un tren magnífico, las galas de buen gusto y de mucho precio, la abundancia de bienes de fortuna, un ingenio vivo, pronto, divertido, brillante, que sobresale en todas ocasiones, este suele ser de ordinario ó el origen ó el fomento de una pasión que nunca reina sin tiranía. Pues acabemos ya de convencernos así de la bajeza de su origen, como de la insustancialidad de todo aquello que la fomenta, y nos avergonzaremos de haber sido esclavos suyos por tan largo tiempo. Si pretendemos la verdadera gloria, la buscaremos en aquello que únicamente la granjea. Desengañémonos, que solo la produce y solo se encuentra en la virtud cristiana.

*El Evangelio es del capítulo 25 de S. Mateo.*

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discipulos esta pará-

bola: Será semejante el reino de los cielos á diez vírgenes, que tomando sus lámparas, salieron á recibir al esposo y á la esposa. Pero cinco de ellas eran necias, y cinco prudentes. Mas las cinco necias habiendo tomado las lámparas, no llevaron consigo aceite; pero las prudentes tomaron aceite en sus vasijas, juntamente con las lámparas. Y tardando el esposo, comenzaron á cabecear, y se durmieron todas; pero á eso de media noche se oyó un gran clamor: Mirad que viene el esposo; salid á recibirle: entonces se levantaron todas aquellas vírgenes, y adornaron sus lámparas. Mas las necias dijeron á

las prudentes: Dadnos de vuestro aceite, porque se apagan nuestras lámparas. Respondieron las prudentes diciendo: No sea que no baste para nosotras y para vosotras; id mas bien á los que venden, y comprad para vosotras. Pero mientras iban á comprarlo, vino el esposo, y las que estaban prevenidas entraron con él á las bodas, y se cerró la puerta. Al fin, llegan tambien las demás vírgenes, diciendo: Señor, Señor, ábrenos. Y él las responde, y dice: En verdad os digo que no os conozco. Velad, pues, porque no sabeis el día ni la hora.

## MEDITACION.

*Sobre las principales virtudes de Sta. Teresa.*

PUNTO PRIMERO. — Considera que las principales virtudes de Sta. Teresa, en las cuales parece se comprende su carácter, se pueden reducir á tres. Un amor sin medida á Jesucristo, en fuerza del cual deseaba con vehemencia todas las amarguras de la cruz; una generosidad sin término, en cuya virtud emprendía todo lo que se la representaba ser de su mayor gloria; y una confianza invariable, á cuya sombra se salió con todo cuanto emprendió. El amor á Jesucristo parece que se anticipó en Sta. Teresa á la razón. Desde su niñez solo suspiraba por agradar á este divino Esposo; y si por algun tiempo se entibieron estos celestiales ardores con el frío de la disipacion, se desquitó ventajosamente despues, mediante el sagrado fuego que abrasó continuamente su inflamado corazón. ¡Qué ardores, qué ímpetus, qué llamaradas de este divino amor no esperimentó la Santa ya en su oracion, ya en sus raptos, ya en las acciones mas ordinarias de la vida! ¡qué deseos ansiosos de padecer en testimonio de su amor á Jesucristo! *O padecer ó morir* era su divisa. ¡Qué continuas penitencias en su carne, qué rigores en su delicado cuerpo,